

“FUENTES DE MISERICORDIA”

INDICE

- ❶ Una oración
 - ① Primera imagen: “*emigrantes fuisteis vosotros...*”
 - ② Segunda imagen: “*la primera piedra*”
 - ③ Tercera imagen: “*dadles vosotros de comer*”
 - ④ Cuarta imagen: “*justo a tiempo*”
 - ⑤ Quinta imagen: “*la fuente de misericordia*” (“*a quien mucho se le perdonó... mucho amó*”)

- ❷ Un corazón misericordioso y una duda: ¿es suficiente conocer la fuente?

- ❸ Caridad.
Un amor abismal.
Un amor desigual

- ❹ No me quieras por caridad
¿Cómo amar por caridad sin ofender, sin pisar, sin humillar?
No hagáis caridad por...
Se ama hasta la caridad...

- ❺ Caridad en nivel tres
 - ① Amar como a uno mismo
 - ② Amar como Dios amaría
 - ③ Desaparecer y dejar que Dios ame en ti



Una oración

Hace ya un mes, al caer la noche, me fui a mi capilla, expuse al Señor y me dispuse a adorarlo. Me expuse ante él y le expuse también mi inquietud: quería preparar esta charla, pero quería que fuera desde Él. Que resonaran en mí sus palabras, que me usara para decirnos algo.

① La primera imagen que me vino fue su huída a Egipto siendo Jesús niño y su huída de Egipto con su gente en tiempos de Moisés, cuando Dios escuchó el clamor de su pueblo y tuvo compasión de él. Caminos de ida y vuelta huyendo de la opresión y de la hambruna. Eran unas imágenes con banda sonora. Banda sonora de plegaria. Plegaria del mismo Dios, dicha desde su propia experiencia a un pueblo que a veces olvida su pasado: *“amad vosotros también al emigrante, ya que emigrantes fuisteis vosotros en el país de Egipto”*¹. Que bien me vino aquella Palabra, pues pronto conectó con esa voz interior, aun “sumisa voce”, que susurra en tentación del por qué hacernos cargo nosotros de tantos moritos y moritas, tantos rumanos y rumanas, tantos extranjeros como vienen a pedir a nuestras cáritas. “Que se vayan a sus mezquitas o a su tierra” es un susurro esquivo, avergonzado y vergonzante, ahogado por la conciencia de ser “políticamente incorrecto”, pero que en más de uno convive y que ya se empieza a escuchar en nuestras parroquias por nuestros hermanos de comunión. No seré yo quien me escandalice de nadie, pues es mi pecado el que me duele y ahora reconozco las veces en que no me vuelco lo mismo con un nativo que con un extranjero, con una a la que siento cercana, que con otra a la que quizás no siento tan hermana. Perdón Señor. Misericordia.

② La segunda imagen que se me representó, fue verle escribiendo con el dedo sobre el suelo, rodeado de curiosos y de un grupo de exaltados con piedras en las manos². Una mujer ya muerta de miedo le miraba esperando una sentencia, quizás deseando un milagro. Poniéndose en pié sólo se le escuchó: *“aquel de vosotros que no tenga pecado, puede tirarle la primera piedra”*. Al rato, todos se habían marchado y él la despidió sabiendo que su vida ya había cambiado. Pero en la mirada del Señor no había ni un ápice de orgullo por la victoria, ni siquiera de alegría por haberla salvado, sino de tristeza, porque quizás le hubiera gustado que dejando sus piedras la hubieran abrazado. Sí, aquello no acabó mal, pero tampoco como Jesús hubiera deseado. Y es que ellos sólo se fueron pensando en buscar otra ocasión para pillarle. Con el tiempo la encontrarían o se la inventarían o el Señor se la pondría en bandeja. Dios, sin embargo, nos deja claro que en cuestión de pecados todos somos iguales. ¡Que razón tienes Señor! Que

¹ Dt 10, 19

² Jn 8, 1-11

mal hacemos lo que hacemos cuando nos sentimos superiores a los demás. Cuántas veces nos pensamos nosotros con suerte por nuestra virtud y a ellos desgraciados por su pecado. ¡Cuántas veces leemos la pobreza en clave moral!

③ Hubo una tercera imagen que empezó a componerse en mi alma: una multitud le seguía, le escuchaba, le comía con su mirada³. Necesitaban de Dios, de sus palabras, de su esperanza, de su consuelo. Era calmar su hambre lo que al Señor le alimentaba, era su compasión lo que a ellos le saciaba. En su mirada los viestes perdidos, como ovejas que no tienen pastor. Y entonces también dijiste algo: *“No pueden marcharse, dadles vosotros de comer”*. Tus discípulos te dijeron como nosotros ahora: *“no tenemos aquí más que cinco panes y dos peces”, es insuficiente para tantos, estamos desbordados ante tanta necesidad*. Cómo suena a desentenderse del hermano, cómo sonaba aquella respuesta a la de Caín cuando el cielo retumbó y de forma directa *“el Señor le preguntó, ¿Dónde está tu hermano?”* Y *“él respondió: No lo sé; ¿soy yo acaso el guardián de mi hermano?”*⁴

¡Que gran error poner excusas ante ti! Primero porque tú puedes hacer milagros con nuestro compartir, y segundo porque corriendo resuenan esos otros mandatos donde nos invitas a compartir de lo nuestro, a dar una capa si tenemos dos y buscar el Reino de Dios y su justicia lo primero⁵. Que mal actuamos cuando no damos de lo nuestro, cuando sólo damos de lo ajeno, cuando damos y damos y damos... porque no sabemos darnos. Dar por caridad, nunca es posible cuando damos con mala conciencia.

④ La cuarta imagen que me vino fue la de Cristo abrazando y sosteniendo a un joven con un martillo en una mano y un clavo en la otra, y a sus pies un reguero de sangre. Y ya no tuvo que decir más. Sabía bien de qué se trataba. Era una imagen sobre la que un día escribí una oración encarnada y escarnecida desde el hondón de mi miseria. Una de tantas veces en que lloré sintiendo que no era digno del Señor y, perdido, huyéndole me salió al encuentro; cuando habiéndole negado y si hubiera podido... matado, quitado de en medio, apartado de mi vida, él sostenía a su verdugo. Misericordia quiero, misericordia necesitaba, pero no la podía esperar. No la merecía. Me sentía miserable. Aquella oración la titulé *“Justo a tiempo”* y rezaba así:

³ Mt 14, 13-21

⁴ Gen 4, 9

⁵ Mt 6, 33 “Buscad ante todo el reino de Dios y lo que es propio de él, y Dios os dará lo demás”.

*Estando perdido,
me echó en falta y salió a mi encuentro.
Escuchó, o más bien sintió,
los débiles latidos de mi corazón.*

*Fue su aliento lo primero que intuí,
y luego, su espíritu me hizo sentir salvado.
En un abrazo de amistad se fundió mi frío interior;
Amaneció.
Estando aun desnudo, me miró a los ojos;
con ternura, sin reproche.*

*¡Me sentí amado como nunca!;
cuando menos lo esperaba;
cuando más lo necesitaba. ¡Justo a tiempo!
Él lo sabía.*

*Ahora, aunque no sé, quiero vivir;
pero de otra manera.
Ya nada me importará nada, sólo Él.*

⑤ Recordando aquel momento me volví a sentir como aquella mujer pecadora que entró en casa del fariseo y le enjugó los pies en su llanto agradecido⁶; aquella mujer que mucho amó, porque mucho se le perdonó. No lo entendían sus comensales, incluso se escandalizaban de aquella actitud y de sus palabras; ¡pero cómo iban a entender los que van de sobrados por la vida! Aquellos sólo querían impresionar a Dios con sus bienes, con su casa, con sus cosas, con su buena imagen. El Señor, sin embargo, se fijó en la que a sus pies y por detrás, sin atreverse ni siquiera a darle la cara, se volvió a sentir persona gracias a su perdón. También yo aquel día, como ella, bebí de la *f fuente de misericordia* que es su corazón.

Un corazón misericordioso y una duda: ¿es suficiente conocer la fuente?

Acabada la oración, dejé la capilla y quedó claro el cesto que urdían aquellos mimbres, todas eran indicaciones que conducían a la misma fuente: el corazón misericordioso de Dios. No me cabía duda, no cabían excusas ni dilaciones: Dios me mostraba su corazón lleno de amor, de esperanza, de misericordia para con todos. También par mi. Dios se me mostraba como una fuente dándose todo él. Es como si nos invitara: “ven, bebe de él, vive en él, aprende a amar así.

⁶ Lc7 36-50

Ahora me parece urgente y necesario beber, absolutamente imprescindible beber de su corazón para saber de Dios, para hablar de él, para ser de los suyos, para amar mucho, para ser de Cáritas.

Somos legión los que en este mundo queremos ser reflejo de su amor y nos disponemos con nuestras cáritas a trabajar duro para hacer que fluya la caridad entre nuestros hermanos más necesitados. Pero soy consciente del abismo que separa su corazón del nuestro, su sensibilidad de la nuestra, su delicadeza y finura de la nuestra⁷. Por eso me surge una duda: ¿por qué esto se torna insuficiente? ¿Por qué no basta saber de Dios, de su preocupación por los pobres para acabar de vencernos y disponernos a ser sus manos misericordiosas como si Dios mismo actuara a través de ellas? ¿Tendrá algo que ver con nosotros las palabras de Job: “*te conocía sólo de oídas pero ahora te han visto mis ojos*”⁸? ¿Será que conocemos su amor sólo de oídas? ¿Por qué si el amor que brota de nuestro Señor y al que llamamos caridad es tan hermoso, en nuestras manos se vuelve tan vulgar? ¿Cómo explicar hoy que al dar por caridad acabemos humillando al pobre? ¿Y como evitarlo? ¿Cómo amar por caridad sin ofender, sin pisar, sin humillar?

Caridad

Primero una pequeña definición de *Caridad*, seguramente no será la más erudita, pero como yo no soy ni doctor, ni teólogo, ni nada de eso, me permito una pequeña licencia y la defino a mi manera. Caridad es el amor abismal, el amor desigual, el amor de Dios por ti. Dios que te creó, sueña contigo cada día. Dios que te parió, te siente como parte de ella (misericordia) y no quiere vivir si no es en ti. Dios, en la cruz de Jesús te declara su amor y grita al universo que tu vida la estima más que la suya y por eso la sacrifica para que tú vivas. Cada día Cristo se parte y tú lo comulgas en un deseo de Dios de que entres en comunión de amor con su corazón. A ese amor de Dios, que traspasa todas las distancias, que nos busca en nuestros valles, que rompe nuestras defensas; a ese Dios amante en misericordia que nos busca donde nos escondemos, donde nos perdemos o donde nuestras “justicias humanas” a nuestros hermanos encierran o destierran, es al que yo llamo caridad. Amor abismal por la distancia inmensa que Dios tiene que atravesar para abrazarte⁹ y empaparte en su

⁷ Is 55, 8-9 “*Porque mis planes no son como nuestros planes, ni vuestros caminos como los míos, oráculo del Señor. Cuanto dista el cielo de la tierra, así mis caminos de los vuestros, mis planes de vuestros planes*”.

⁸ Job 42, 5

⁹ Os 11, 1-4 “*Cuando Israel era niño, yo lo amé, y de Egipto llamé a mi hijo. Cuanto más lo amaba, más se apartaba de mí... Con todo, yo enseñé a andar a Efraín, y lo llevé en mis brazos. Pero no han*

amor¹⁰; amor desigual, porque es de Dios a ti y nunca se puede pagar¹¹. Amor que elimina las distancias, que se encarna en tus entrañas, que posee tu corazón.

¿Cómo no volver vulgar este amor al tocarlo con nuestras manos, al pronunciarlo con nuestros labios, al intentar traducirlo con nuestros actos? Por eso me respondo a mí mismo que no basta contemplar a Dios amando, no basta con intentar imitarlo, no es posible de reproducir con nuestras simples vidas, con nuestras teorías, planes estratégicos o modelos de acción social. Para no hacer de él un sucedáneo, hay que encarnarlo; pero sobre ello volveremos luego más de lleno; ahora vamos a tomar un camino indirecto, vamos a intentar responder a la pregunta primera: *¿Cómo amar por caridad sin ofender, sin pisar, sin humillar?*

No me quieras por caridad

Si un esposo le dice a otro: *“estoy contigo por caridad”* es lógico que el cónyuge se enfade muchísimo. Suele ser también un clamor de alguien ofendido cuando dice: *“no me quieras por caridad”*. Es como decir: *“no tengas pena por mí”*, *“quíereme pero no me tengas lástima”*.

Cuando se pide por caridad, se suele pedir con cara de pena, casi en un susurro, con cierta vergüenza y humillación¹². Cuando se pide, no cosas superficiales, sino lo necesario, lo imprescindible, uno está pidiendo con tristeza y dolor, porque sabe que le falta lo básico, que está en situación de riesgo y eso le produce inestabilidad y angustia.

De alguna forma, cuando uno necesita, reclama y acepta “caridad” es porque ha llegado al fondo de su sufrimiento, porque ya no cree tener recursos propios para salir de la situación, porque ya no le quedan familiares o amigos en los que apoyarse. Es una situación de indigencia, de impotencia, de necesidad y a la vez es una experiencia y sentimiento de tristeza, de humillación. Es la experiencia de “estar cayendo”, de haber

comprendido que era yo quien los cuidaba. Con cuerdas de ternura, con lazos de amor, los atraía; fui para ellos como quien alza un niño hasta sus mejillas y se inclina hasta él para darle de comer”.

⁹ Sal 116, 12 “¿Cómo pagaré al Señor todo el bien que me ha hecho?”

¹⁰ Is 55, 10-11 “Como la lluvia y la nieve caen del cielo y sólo vuelven allí después de haber empapado la tierra, de haberla fecundado y hecho germinar, para dé simiente al que siembra y pan al que come, así será la palabra que sale de mi boca: no volverá a mí de vacío, sino que cumplirá mi voluntad y llevará a cabo mi encargo”.

¹¹ Sal 116, 12 “¿Cómo pagaré al Señor todo el bien que me ha hecho?”.

¹² Vamos a dejar ahora aun lado a los que no nos piden, sino que nos exigen, nos insultan, nos amenazan... Como diría Oscar Romero: “las blasfemias de los pobres sólo son plegarias para Dios”. Es otro tipo de pobreza, seguro que con mucho también de desesperación.

“mordido el polvo”, de haber tocado fondo. Es caer en el hoyo y gritar a alguien para que te ayude a salir (no para que te de un bocadillo que te permita seguir en caída libre).

Es la experiencia de debilidad, que puede ser vista por nosotros como pobreza, como “fragilidad”, como “sacralidad”, vida sagrada a pisar descalzos. Al menos descalzos, porque seguro que algo pisamos.

¿Cómo “hacer” entonces caridad sin agrandar aún más su sentimiento de humillación? “No necesito tu caridad, te necesito a ti”

Por favor, no hagáis caridad por un precepto moral
Ni porque os sobre el tiempo
Ni porque os lo manden los psicólogos o los médicos
Ni porque queráis ser buenos
Ni porque os estéis buscando a vosotros mismos
Ni porque os sintáis mejores
Ni porque en ellos busquéis a Dios
Ni porque siempre lo habéis hecho
Ni mucho menos lo hagáis como siempre lo habéis hecho.

Se ama hasta la caridad...

Dándose uno mismo, dejándose comer

Siendo apoyo, referente de un amor más alto, y no con tufillo de salvador

Siendo accesible, eliminando barreras (batas, guantes, visones, ventanillas, rendijas...)

Siendo afectuoso y haciéndole sentir único (no un número) (amor de predilección)

Siendo generoso y gratuito

Siendo receptivo. Sabiendo escucharle y acogerle

Siendo discreto, dulce, tierno, con sensibilidad (cuestión de sensibilidad)

Siendo muy humilde. Oculto y desapareciendo

Vacunándose contra la buena voluntad (formación humana, técnica y espiritual)

Siendo de Dios y para ello nada mejor que dejándose alcanzar por él, cayendo en el abismo... de Dios.

Cuando uno sabe, con lágrimas, que no es mejor que nadie, que es capaz de lo peor, que en pecado y pobreza uno es como todos. Cuando uno grita y clama de verdad a Dios que necesita de su amor es cuando se produce el verdadero encuentro en el abismo, es cuando tu acción no resultará altiva y tu comprensión sonará a sincera. Es cuestión de encontrar al hermano que se sabe en el abismo de su desgracia, tú que también sabes

de tus abismos y miserias; tú que sabes del amor de Dios en ellos y ahora después de probarlo, lo das de beber.

Caridad en nivel tres

- ① Dicen que la caridad es amar como a uno mismo. El mismo Señor nos invita a ello cuando nos dice: *“Tratad a los demás como queréis que ellos os traten a vosotros”*¹³. Tratar, ayudar, amar al otro como quisiéramos que nos trataran, ayudaran y amaran a nosotros mismos. Yo creo que esto aún se queda corto. La luz y modelo de la caridad no es nuestro amor o necesidad.

- ② Dicen otros que la caridad es amar como Dios lo haría, de hecho nuestro mismo Señor subió el listón y en su última cena nos dejó dicho: *“Os doy un mandato nuevo: Amaos los unos a los otros. Como yo os he amado, así también amaos los unos a los otros”*¹⁴. Se trataría por tanto, de imitar, reflejar, reproducir el amor de Dios entre hermanos. Pero no una imitación a nuestra medida, una burda falsificación de su sensibilidad, sino amor, amor. Hasta darse por completo, sin reservas, sin mirar a quien, siempre, a todos y en todo. Amor bestial, Amor Caridad... Anda tú si puedes e inténtalo también por mí, que yo me sé incapaz de amar así por mis propias fuerzas o voluntad. La luz y modelo de la caridad no es nuestra traducción del amor de Dios.

- ③ *“Estoy crucificado con Cristo, y ya no vivo yo, sino que es Cristo quien vive en mí”*¹⁵. No es cuestión de hacer las cosas de Dios, ni de hacerlas por Dios, ni siquiera hacerlas como Dios las haría, es dejar que Dios, que quiere tomar posesión de nosotros¹⁶ las haga a través nuestra¹⁷. Los hay que ven a Cristo en el pobre, pero van tan henchidos de sí o tan “recubiertos de espiritualidad”, que el pobre hombre queda relegado a un muy segundo lugar. No está Cristo escondido en el pobre de forma que sólo los espirituales lo puedan descubrir y servir. Cristo es el pobre, el hermano que sale a tu encuentro, el que te pide de beber, el que te mira y espera que le des de comer. Es curioso, aquí se me unen los dos evangelios, el de la

¹³ Lc 6, 31

¹⁴ Jn 13, 34

¹⁵ Gal 2, 19-20

¹⁶ ¿Os suena la insistencia de los místicos en el tema de la unión? San Juan de la Cruz, por ejemplo no habla de perfección, sino de unión aunque para ello deba dejar que Dios rompa a través de la noche sus defensas y seguridades.

¹⁷ Cuento del pobre con sus llagas

multiplicación de los panes y el de la samaritana¹⁸. Es Cristo mismo quien se nos acerca y cuando su indigencia en amor es satisfecha por nuestra donación, traspasa a nuestro corazón la misericordia como fuente. ¡Ay, si conociéramos ese don!¹⁹

De todas formas, a lo que íbamos, los hay que ven a Cristo en el pobre y los hay que intentamos que el pobre vea a Cristo en nosotros. Es una de las miradas de la contemplación de las que habla Marcelino Legido cuando afirma:

*“Contemplación entendida no como el acto de ver a Dios, ni siquiera el verlo en los pobres, sino como el hecho de que ellos, los marginados y sufrientes, ‘perdidos’ y pequeños de este mundo, perciban a través de nosotros al Dios que sale a su encuentro amándoles y dándoles la vida.”*²⁰

Claro, para ello hay que tener alma de contemplativo y haberse dejado ganar por el Señor, pues la contemplación, como toda buena oración no se hace, sino que te hace; no sólo se mira en ella a Dios, sino que embebido en su presencia, queda uno desarmado y vulnerable para que nos modele a su antojo. No sé si viene al caso, pero os pregunto: ¿vosotros contempláis, o sólo recitáis oraciones? Bueno, creo que sí es pertinente la pregunta, pues sin oración verdadera estamos llamados a una vida estéril y en lo que concierne a la fe, a una espiritualidad hipócrita.

Para ir por la vida traslúcidos de la gracia, liberados de nuestros egos, heraldos del evangelio, testigos de Cristo... hay que morir a sí. Y no morimos más que a batacazos. D. Ramón Buxarrais se quejaba de que solíamos perder el carro de las humillaciones para ser humildes. Solemos mudarnos cuando se ciernen crisis espirituales y salimos en estampida si intuimos una cruz. Así nos va. ¡Cómo diablos vamos a aprender a amar y aprehender el Amor si no oramos y morimos en las manos de Dios! ¡Que hermoso es contemplar a gente encendida en llama de amor viva! ¡Que grande y delicado es su amor! ¡Que finura su caridad!

Antes os decía: es urgente y necesario beber de su corazón para saber de Dios, para hablar de él, para ser de los suyos. Ahora os digo, para beber hace falta sed, para probar y percibir el amor misericordioso de Dios hace falta saberse pobre, pequeño, desvalido. Para beber de la *fuentes de la*

¹⁸ Jn 4

¹⁹ Jn 4, 10

²⁰ Legido, M. “La oración de Jesús”

misericordia es necesario saberse querido cuando menos lo mereces, cuando más lo necesitas, cuando no lo esperas, cuando ya todo está perdido. Jesús en el evangelio, en sus encuentros con los ciegos, los leprosos, los publicanos, los pecadores, los excluidos de su sociedad nos enseña a beber de él y así luego podremos como el leproso²¹, volver sobre nuestros pasos para postrarnos ante él y dejar no sólo que nos limpie, sino que nos salve; o como el ciego Bartimeo²² que no sólo recobró la vista, sino que lo siguió por los caminos; o como la mujer adúltera que pudo recobrar su vida cuando los hipócritas se la quitaban, o como la pecadora que fue a ungiarlo con sus propias lágrimas en la más tierna expresión de un corazón que ha aprendido a amar mucho.

Al igual que la samaritana, sólo cuando nos sabemos en búsqueda, pero perdidos de tantos “maridajes” fallidos, es cuando nos abrimos a su presencia y al darle nosotros de beber en el pobre, le dejamos hacer el milagro de convertirnos en surtidor de su gracia y caridad. Es entonces cuando el Dios que no se muda, te hace saber y sentir que la *f fuente de Agua Viva* está dentro de ti. Y entonces tu vida ya no es tuya sino del Amor y para el Amor.

*¡Oh noche que guiaste!
¡Oh noche amable más que el alborada!
¡Oh noche que juntaste
Amado con amada,
Amada en el Amado transformada!*²³

¡Que Dios, bendito y misericordioso, nos lo conceda!

Ángel Antonio Chacón López

²¹ Lc 17, 11-19

²² Mc 10, 46-52

²³ S. Juan de la Cruz. Poema “Noche oscura” (5ª estrofa)